



Nuestros clásicos hoy



Recuperamos en esta sección dos textos, uno de Engels y otro de Marx, que tratan de uno de los aspectos fundamentales a tener en cuenta como consecuencia de la acumulación del capital. Con su acumulación, con el crecimiento de su composición orgánica, con el aumento relativo de la parte constante del capital en comparación con su parte variable, se reduce la demanda de fuerza de trabajo. Marx utilizará el término ejército «industrial de reserva» para referirse a la existencia permanente de trabajadores desempleados, lo que contribuye a mantener deprimido el nivel de los salarios.

Nikolai Danielson es el economista y populista ruso que tradujo *El Capital* a su lengua. Engels escribirá a Plejanov a comienzos de 1895: «No hay forma de discutir con esta generación de rusos de que él forma parte y que sigue creyendo en la misión espontáneo-comunista que distingue a Rusia, la verdadera Santa Rusia, de los demás pueblos profanos».

66

Engels a Danielson 22 de septiembre de 1892

[...] Ahora bien, yo no veo que los resultados de la revolución industrial que se está produciendo bajo nuestros ojos en Rusia sean en nada diferentes de lo que son o han sido en Inglaterra, en Alemania, en Norteamérica. En Norteamérica, las condiciones de la agricultura y de la propiedad territorial son diferentes y eso origina efectivamente una diferencia.

Usted se lamenta del lento crecimiento de la mano de obra en la industria textil con relación al crecimiento de la cantidad de producción. Lo mismo sucede por todas partes. De lo contrario, ¿de dónde provendría nuestra «reserva industrial» de parados? (*Capital*, capítulo XXIII, 3 y 4).

Usted señala la sustitución gradual del trabajo de los hombres por el de las mujeres y los niños (*Capital*, capítulo XIII, 3a).

Usted lamenta que los productos hechos a máquina desplacen a los productos de la industria doméstica y destruyan así esa producción suplementaria, sin la que el campesino no puede vivir. Pero ahí tenemos una consecuencia absolutamente necesaria de la gran industria (*grande industrie*) capitalista: la

creación del mercado interior (*Capital*, capítulo XXIV, 5) que se ha producido en Alemania en mi tiempo y ante mis ojos. E incluso cuando usted dice que la introducción de las cotonadas destruye no sólo el hilado y el tejido domésticos de los campesinos, sino también sus *cultivos de lino*, eso mismo ha sucedido en Alemania entre 1820 y aún hoy. Volvamos a este aspecto de la cuestión: la destrucción de la industria doméstica y de las ramas de la agricultura que alimentan. Me parece que la verdadera cuestión es para nosotros la siguiente: o bien esa gran industria (*grande industrie*), su *propia industria*, debía destruir su industria doméstica, o bien era la importación de mercancías británicas la que debía realizar esa destrucción. Con un sistema proteccionista, era obra de los *rusos*; sin sistema proteccionista, era obra de los *ingleses*. Esto me parece perfectamente evidente.

Usted calcula que el total de los productos textiles de la gran industria (*grande industrie*) es que destruye su propio mercado por efecto del proceso mismo mediante el que lo crea. Lo crea destruyendo la base de la industria doméstica del campesinado. Pero sin industria, doméstica, los campesinos no pueden vivir. Se arruinan como campesinos; su poder adquisitivo se reduce al mínimo, y mientras hayan instalado, como proletarios, en nuevas condiciones de existencia, construirán un mercado muy precario para las fábricas establecidas nuevamente.

« Si nos atenemos al capital global social, ora el movimiento de su acumulación provoca un cambio periódico, ora sus elementos se distribuyen simultáneamente entre las diversas esferas de la producción»

El tipo de producción capitalista, puesto que es una fase económica transitoria, está lleno de contradicciones internas que se desarrollan y se van manifestando a medida que se van desarrollando. Esa tendencia a destruir su propio mercado al mismo tiempo que lo crea es una. Otra es la situación sin salida en la que desemboca y que se pone de manifiesto primero en un país sin mercado exterior, como Rusia, que en países que son más o menos capaces de hacer frente a la competencia en el mercado mundial. Esta situación sin salida aparente encuentra su salida, en el caso de estos últimos países, en las convulsiones comerciales, en la apertura por la fuerza de nuevas desembocaduras. Pero aun es esos casos nos encontramos en un callejón sin salida (*cul-de-sac*). Fíjese en Inglaterra. El último mercado nuevo que podría provocar una reactivación temporal de la prosperidad si se abriera al comercio inglés es China. Esa es la razón de que el capital inglés se lance a la construcción de los ferrocarriles chinos. Pero los ferrocarriles chinos significan la destrucción de toda la base de la pequeña agricultura y de la industria doméstica en ese país, y como no existirá tampoco el contrapeso de una gran industria (*grande industrie*) china, cientos de millones de chinos se verán en la imposibilidad de seguir viviendo. De ahí resultará una emigración masiva, tan grande como no ha visto otra la historia, una desbandada hacia América, Asia y Europa de es chino aborrecido en una competencia por el empleo con el obrero americano, australiano y europeo sobre la base del nivel de vida chino, el más bajo de todos, y si el sistema de producción no ha cambiado antes en Europa, habrá que cambiarlo llegado ese momento.

La producción capitalista produce su propia ruina, y puede estar seguro de que lo mismo sucederá en Rusia. Es posible que provoque, y si dura mucho tiempo la provocará indudablemente, una revolución agraria fundamental; me refiero a una revolución en el sistema de la propiedad territorial que arruinará tanto a los terratenientes como a los campesinos y los reemplazará por una nueva clase de grandes propietarios territoriales salidos de los kulaks de las aldeas y de los especuladores burgueses de las ciudades. En todo caso, estoy seguro de que los conservadores que han introducido el capitalismo en Rusia serán un día confundidos por las consecuencias de sus propios actos.

***El Capital*, libro I, cap. XXIII.**

[...] La acumulación capitalista produce de una manera constante, antes bien, y precisamente en proporción a su energía y a su volumen, una población obrera relativamente excedentaria, esto es, excesiva para las necesidades medias de valorización del capital y por tanto superflua.

Si nos atenemos al capital global social, ora el movimiento de su acumulación provoca un cambio periódico, ora sus elementos se distribuyen simultáneamente entre las diversas esferas de la producción. En algunas de esas esferas, a causa de la mera concentración se opera un cambio en la composición del capital sin que se acreciente la magnitud absoluta del mismo, en otras, el incremento absoluto del capital está vinculado al decrecimiento *absoluto* de su parte constitutiva variable o de la fuerza de trabajo absorbida por la misma; en otras, ora el capital continúa acrecentándose sobre su base técnica dada y atrae fuerza de trabajo suplementaria en proporción a su propio crecimiento, ora se opera un cambio orgánico y se contrae su parte constitutiva variable; en todas las esferas, el incremento de la parte variable del capital, y por tanto del número de obreros ocupados, está ligado siempre a violentas fluctuaciones y a la producción transitoria de una sobrepoblación, ya adopte ésta la forma más notoria de la repulsión de obreros ocupados anteriormente o la forma no tan evidente, pero no menos eficaz, de una absorción más dificultosa de la población obrera suplementaria a través de los canales habituales. Con la magnitud del capital social ya en funciones y el grado de su incremento, con la expansión de la escala de producción y de la masa de los obreros puestos en movimiento, con el desarrollo de la fuerza productiva de su trabajo, con la fluencia más caudalosa y plena de todos los manantiales de la riqueza, *se amplía también la escala* en que una mayor atracción de los obreros por el capital está ligada a una mayor repulsión de los mismos, aumenta la velocidad de los cambios en la composición orgánica del capital y en su forma técnica y se dilata el ámbito de las esferas de producción en las que el capital, ora simultánea, ora alternativamente, hace presa. La población obrera, pues, con la acumulación del capital producida por ella misma, produce en volumen creciente *los medios que permiten convertirla en relativamente supernumeraria*. Es esta una ley de



« Constituye un ejército industrial de reserva a disposición del capital, que le pertenece a éste tan absolutamente como si lo hubiera criado a sus expensas »

población que es peculiar al modo de producción capitalista, ya que de hecho todo modo de producción histórico particular tiene sus leyes de población particulares, históricamente válidas. Una ley abstracta de población sólo rige, mientras el hombre no interfiere históricamente en esos dominios, en el caso de las plantas y los animales.

Pero si una sobrepoblación obrera es el producto necesario de la acumulación o del desarrollo de la riqueza sobre una base capitalista, esta sobrepoblación se convierte, a su vez, en palanca de la acumulación capitalista, e incluso en *condición de existencia del modo capitalista de producción*. Constituye un ejército industrial de reserva a disposición del capital, que le pertenece a éste tan absolutamente como si lo hubiera criado a sus expensas. Esa sobrepoblación crea, para las variables necesidades de valorización del capital, el material humano explotable y siempre disponible, independientemente de los límites del aumento real experimentado por la población. Con la acumulación y el consiguiente desarrollo de la fuerza productiva del trabajo se acrecienta la súbita *fuerza expansiva del capital*, y no sólo porque aumenta la elasticidad del capital en funciones y la *riqueza absoluta*, de la cual el *capital* no constituye más que una *parte elástica*; no sólo porque el crédito, bajo todo tipo de estímulos particulares y en un abrir y cerrar de ojos, pone a disposición de la producción una parte extraordinaria de esa riqueza, en calidad de pluscapital, sino porque las condiciones técnicas del proceso mismo de producción, la maquinaria, los medios de transporte, etc., posibilitan, en la mayor escala, la más rápida transformación de plusproducto en medios de producción suplementarios. La masa de la riqueza social, pletórica y transformable en pluscapital gracias al progreso de la acumulación, se precipita frenéticamente sobre todos los viejos ramos de la producción cuyo mercado se amplía de manera súbita, o sobre ramos recién inaugurados como los ferrocarriles, etc. cuya necesidad dimana del desarrollo de los antiguos. En todos los casos de esta índole es necesario que se pueda volcar súbitamente grandes masas humanas en los puntos decisivos, sin que con ello se rebaje la escala alcanzada por la producción en otras esferas. La sobrepoblación proporciona esas masas. El curso vital característico de la industria moderna, la forma de un ciclo decenal interrumpido por oscilaciones menores de períodos de animación media, producción a toda marcha,

crisis y estancamiento, se funda sobre la formación constante, sobre la absorción mayor o menor y la reconstitución, del ejército industrial de reserva o sobrepoblación. A su vez, las alternativas del ciclo industrial reclutan la sobrepoblación y se convierten en uno de sus agentes de reproducción más activos. Este curso vital, peculiar de la industria moderna y desconocido en todas las épocas anteriores de la humanidad, era imposible también durante la infancia de la producción capitalista. La composición del capital sólo se modificaba muy gradualmente. Con la acumulación de éste guardaba correspondencia, en líneas generales, un crecimiento proporcional de la demanda de trabajo. Por lento que fuera el progreso de esa acumulación, comparado con el de la época moderna, dicho avance tropezaba con las barreras naturales de la población obrera explotable, barreras que sólo era posible remover por los medios violentos que mencionaremos más adelante. La expansión súbita e intermitente de la escala de producción es el supuesto de su contracción súbita; esta última, a su vez, provoca la primera, pero la primera es imposible si no existe el material humano disponible, si en el *número de los obreros* no se produce un *aumento* independiente del crecimiento absoluto de la población. Dicho aumento se genera mediante el simple proceso que «libera» constantemente una parte de los obreros, aplicando métodos que reducen, en comparación con la producción acrecentada, el número de los obreros ocupados. Toda la forma de movimiento de la industria moderna deriva, pues, de la transformación constante de una parte de la población obrera en brazos desocupados o semioocupados. La superficialidad de la economía política se pone de manifiesto, entre otras cosas, en el hecho de que convierte a la expansión y contracción del crédito, mero síntoma de los períodos alternos del ciclo industrial, en causa de éstos. Así como los cuerpos celestes, una vez arrojados a un movimiento determinado, lo repiten siempre, la producción social hace otro tanto no bien es lanzada a ese movimiento de expansión y contracción alternadas. Los efectos, a su vez, se convierten en causas, y las alternativas de todo el proceso, que reproduce siempre sus propias condiciones, adoptan la forma de la *periodicidad*. Una vez consolidada esta forma, hasta la economía política comprende que producir una población excedentaria relativa, esto es, excedentaria respecto a la necesidad media de valorización del capital, es una *condición vital de la industria moderna*.

« A la producción capitalista no le basta, de ninguna manera, la cantidad de fuerza de trabajo disponible que le suministra el incremento natural de la población»

Supongamos, dice Herman Merivale, ex profesor de economía política en Oxford y funcionario luego del Ministerio de Colonias inglés, «supongamos que en ocasión de alguna de esas crisis la nación hiciera un gran esfuerzo para desembarazarse, mediante la emigración, de varios cientos de miles de brazos superfluos; ¿cuál sería la consecuencia? Que en la primera reanimación de la demanda de trabajo se produciría un déficit. Por rápida que sea la reproducción de los hombres, en todo caso se requeriría el intervalo de una generación para remplazar la pérdida de los obreros adultos. Ahora bien, las ganancias de nuestros fabricantes dependen principalmente de la posibilidad de aprovechar los momentos favorables, cuando la demanda es intensa y es posible resarcirse de los períodos de paralización. Esta posibilidad sólo se la asegura la facultad de disponer de la maquinaria y el trabajo manual. Es necesario que los fabricantes encuentren brazos disponibles; es necesario que estén en condiciones de redoblar o reducir la intensidad de las operaciones ejecutadas por los mismos, según lo requiera la situación del mercado; en caso contrario, será absolutamente imposible que mantengan la preponderancia en la encarnizada lucha competitiva sobre la que se funda la riqueza de este país». El propio Malthus reconoce como *necesidad de la industria moderna* la sobrepoblación, que él, con su espíritu limitado, hace derivar de un acrecentamiento excesivo absoluto de la población obrera y no de la conversión de la misma en relativamente supernumeraria. Dice este autor: «Si ciertos hábitos prudentes en lo que respecta al matrimonio, son cultivados con exceso por la clase obrera de un país que primordialmente vive de la manufactura y el comercio, ello podría perjudicarlo... Conforme a la naturaleza de la población, no es posible suministrar al mercado una nueva generación de obreros a consecuencia de una demanda particular mientras no transcurran 16 ó 18 años, y la transformación de rédito en capital por el ahorro puede ocurrir de manera muchísimo más rápida; un país está expuesto siempre a que su fondo de trabajo se acreciente con mayor rapidez que la población». Luego de declarar, de esta suerte, que *la producción constante de una sobrepoblación relativa de obreros constituye una necesidad de la acumulación capitalista*, la economía política, adoptando muy adecuadamente la figura de una apergaminada solterona, pone en boca del «beau idéal» [hermoso ideal] de su capitalista las siguientes palabras dedicadas a esos «supernumerarios»

cuya propia creación de pluscapital ha dejado en la calle. «Los fabricantes hacemos por vosotros lo que podemos, al *aumentar el capital* del que tenéis necesidad para subsistir, y *vosotros* debéis hacer el resto, ajustando vuestro número a los medios de subsistencia».

A la producción capitalista no le basta, de ninguna manera, la cantidad de fuerza de trabajo disponible que le suministra el incremento natural de la población. Para poder desenvolverse libremente, requiere un ejército industrial de reserva *que no dependa de esa barrera natural*.

Hasta aquí habíamos supuesto que *el aumento o la mengua del capital variable correspondía exactamente al aumento o la mengua del número de obreros ocupados*.

No obstante, aunque el número de los obreros de que dispone no varíe, e incluso aunque disminuya, el capital variable se acrecienta cuando el obrero individual suministra *más trabajo* y cuando, por tanto, aumenta su *salario* aunque el *precio del trabajo* no varíe, o incluso si este precio disminuye pero más lentamente de lo que aumenta la masa de trabajo. El incremento del capital variable se convierte entonces en un índice de más trabajo, pero no de más obreros ocupados. A todo capitalista le interesa, de manera absoluta, arrancar una cantidad determinada de trabajo de un número menor de obreros, en vez de extraerla, con la misma baratura *e incluso a un precio más conveniente*, de un número mayor. En el último caso la inversión de capital constante aumenta proporcionalmente a la masa del trabajo puesto en movimiento; en el primer caso, aumenta con lentitud mucho mayor. Cuanto más amplia sea la escala de la producción, tanto más determinante será ese motivo. Su peso se acrecienta con la acumulación del capital.

Hemos visto que el desarrollo del modo capitalista de producción y de la fuerza productiva del trabajo causa y efecto, a la vez, de la acumulación permite que el capitalista, con la misma inversión de capital variable, ponga en movimiento más trabajo gracias a una explotación mayor en extensión o en intensidad de las fuerzas de trabajo individuales. Hemos visto, además, que con el *mismo valor de capital* adquiere *más fuerzas de trabajo*, puesto



« De una parte, pues, y a medida que progresa la acumulación, un capital variable *mayor* moviliza más trabajo sin necesidad de contratar más obreros»

que progresivamente sustituye los obreros más diestros por los menos diestros, los experimentados por los inexperimentados, los varones por las mujeres, la fuerza de trabajo adulta por la adolescente o infantil.

De una parte, pues, y a medida que progresa la acumulación, un capital variable *mayor* moviliza más trabajo sin necesidad de contratar más obreros; de otra parte, capital variable *de la misma magnitud* pone en movimiento más trabajo con la misma masa de fuerza de trabajo, y por último, pone en acción más fuerzas de trabajo inferiores mediante el desplazamiento de las superiores.

Por consiguiente, la *producción de una sobrepoblación relativa*, o sea la liberación de obreros, avanza con mayor rapidez aun que el trastocamiento tecnológico del proceso de producción trastocamiento *acelerado* de por sí *con el progreso de la acumulación* y la consiguiente reducción proporcional de la parte variable del capital con respecto a la parte constante. Si bien los *medios de producción*, a medida que se acrecientan su volumen y eficacia pierden importancia como *medios de ocupación de los obreros*, esta relación misma se modifica a su vez por el hecho de que en la medida en que crece la fuerza productiva del trabajo, el capital incrementa más rápidamente *su oferta de trabajo que su demanda de obreros*. El trabajo excesivo de la parte ocupada de la clase obrera engruesa las filas de su reserva, y, a la inversa, la presión redoblada que esta última, con su competencia, ejerce sobre el sector ocupado de la clase obrera, obliga a éste a

trabajar excesivamente y a someterse a los dictados del capital. La condena de una parte de la clase obrera al ocio forzoso mediante el exceso de trabajo impuesto a la otra parte, y viceversa, se convierte en medio de enriquecimiento del capitalista singular y, *a la vez, acelera la producción del ejército industrial de reserva en una escala acorde con el progreso de la acumulación social*. La importancia de este factor en la formación de la sobrepoblación relativa lo demuestra, por ejemplo, el caso de Inglaterra. Sus medios técnicos para el «ahorro» de trabajo son colosales. Sin embargo, si mañana se redujera el trabajo, *de manera general*, a una medida racional y se lo graduara conforme a las diversas capas de la clase obrera, según edad y sexo, la población trabajadora existente resultaría absolutamente insuficiente para llevar adelante la producción nacional en la escala actual. Sería necesario transformar en «productivos» la gran mayoría de los trabajadores hoy «improductivos».

En todo y por todo, los movimientos *generales* del salario están regulados exclusivamente por la *expansión y contracción del ejército industrial de reserva, las cuales se rigen, a su vez, por la alternación de períodos que se opera en el ciclo industrial*. Esos movimientos no se determinan, pues, *por el movimiento del número absoluto de la población obrera*, sino por la *proporción variable* en que la clase obrera se divide en ejército activo y ejército de reserva, por el aumento y la mengua del volumen relativo de la sobrepoblación, por el grado en que ésta es ora absorbida, ora puesta en libertad.